



Mensaje de Navidad del Rector del Centro Fray Bartolomé de las Casas.

El diálogo se hizo Carne.

"En el principio existía la Palabra y la Palabra estaba con Dios, y la Palabra era Dios. Ella estaba en el principio con Dios. Todo se hizo por ella y sin ella no se hizo nada de cuanto existe. En ella estaba la vida y la vida era la luz de los hombres y la luz brilla en las tinieblas, y las tinieblas no la vencieron".

Jn1.1.

A Profesores, Colaboradores, Estudiantes y Amigos del Centro Fray Bartolomé de las Casas.

Queridos todos:

Se está acabando el año... todo a nuestro alrededor empieza a llenarse de un color especial, de un olor especial, de unas tonalidades que nos indican que “algo” está aconteciendo y no puede dejar de acontecer a pesar de todo. Hay un “algo” callado, sutil, pequeñito, que está ahí, que está viniendo y que no puede pasar desapercibido aún en su aparente pequeñez. Hay un algo que nos habla, que susurra a nuestro oído con palabras que sentimos nuestras, con palabras que



aguardábamos¹ y que nos llegan en voz tan familiar, ese “algo” es tan único que lo descubrimos Alguien y entonces todo empieza a cobrar sentido. Hay un Alguien que no calla, en permanente diálogo con los hombres, con el mundo y su Palabra nos crea y en su Palabra somos y en esa Palabra que nos llega desde siempre descubrimos que hay vida y esperanza y esa Palabra nos hace hermanos y esa Palabra nos hace humanos².

Es el misterio de la Navidad el que nos disponemos a celebrar en medio de no pocas dificultades, no ha sido un año fácil para nadie, a la pandemia de la COVID-19 en los albores de este año vino a unírsele la difícil situación económica que padecemos como pueblo, las incertidumbres normales ante cambios que se anunciaban ya entonces y que hablaban de días cero, la compleja situación social que se hizo visible al final de este año como consecuencia de un permanente diálogo de sordos. Han sido muchas palabras que no queríamos oír las que nos han acompañado. Hay palabras que sanan y palabras que matan. En Navidad los cristianos celebramos el acontecimiento Jesucristo, Él es la Palabra definitiva y permanente de Dios que acogemos en la carne, en medio de los pobres, en medio de la noche, en el silencio del mundo. Celebrar la Navidad es celebrar la fiesta del permanente diálogo de Dios con los hombres. En Jesús la Palabra Creadora, Salvadora, Vivificadora de Dios se hace carne, toma rostro humano y es permanente oferta de vida y redención para todos. Celebrar la Navidad es reconocer que, en la humanidad de Jesús, Dios está hablando constantemente con los hombres y que ese diálogo nos salva (Hb1. 1).

Al finalizar este año la Navidad nos invita a todos a estrenar palabras que salven y humanicen, palabras que empoderen. Cuba necesita de palabras buenas. Con

¹ Cf. E. SCHILLEBEECKX, *Interpretación de la fe*, Sígueme, Salamanca, 1973, 116-118.

² Cf. Gaudium et spes, 22



asombro he podido seguir los acontecimientos que marcaban el final de noviembre y el inicio del Adviento. En medio de la noche cuando nadie lo esperaba se empiezan a escuchar cantos, poemas, aplausos que piden el diálogo, que reclaman amistad social, que quieren el cese de la violencia y el miedo, que no quieren más silencios impuestos, que se han cansado del monólogo infecundo. Jóvenes y no tan jóvenes que con su arte son creadores de lo bello, y ¡hay tanta fuerza en lo bello! Eran los primeros destellos de la Noche Buena que anunciaban el Adviento, el viejo tronco de Jesé empezaba a retoñar (Is11. 1), el pueblo que caminaba en tinieblas vio una luz grande (Is9. 1). Los ángeles volvían a cantar “Gloria a Dios en las Alturas” (Lc2. 14). La Luz había venido a las tinieblas... (Jn 1. 5).

Un diálogo que deshaga el caos.

"In principio erat Verbum". (Jn1.1.)

No podemos renunciar al diálogo, el diálogo es el que deshace el caos primigenio. Cuando Dios crea el mundo (Gn1.1), lo crea mediante la palabra, hay una fuerza extraordinariamente creadora en la palabra, el mundo lleva en su ser más hondo una palabra fundante que arroja afuera el caos, las tinieblas, el mal. Surge algo, y la nada es más nada que nunca cuando Dios en diálogo pronuncia su primer “Hágase”, el mundo es hijo de la palabra y renunciar a ella es volver al caos. Por eso el miedo que experimenté cuando a pocas horas de aquella noche de inicio de Adviento se cerraba la puerta al diálogo y se condenaba cualquier palabra que tuviera otra melodía. Cuba es parte del mundo, en su ser más hondo lleva también la palabra. La Patria es otra cosa, es una palabra mil veces pronunciada y construida entre todos, es una realidad multiforme e inmensamente rica, solo posible en el aunamiento de miles, de millones de palabras que la constituyen en un permanente diálogo de diferencias y similitudes, negarse al diálogo es disolver el contenido, es la vuelta al caos. Es dejar que las tinieblas venzan y renunciar a la luz. En el caos la



palabra pierde su significado primero, deja de ser creadora para volverse originadora de muerte. En el caos consecuencia del miedo al diálogo la palabra se vuelve grito, se vuelve conga tocada con desenfreno, se vuelve bocina estridente que no deja oír ninguna otra palabra (Gn11. 1-9), en el caos la palabra destruye y aniquila, se usa para deshumanizar, para ofender, para arrebatarse la palabra al otro. Hay caos cuando niego la palabra al otro, cuando uso la palabra para quitar la fama, para gritar violencia, para afeárselo bello. ¡Es tan peligroso e inhumano negarte la palabra! No dejarte hablar es destruirte. Es negarte como humano. Y es que lo humano se funda en la palabra, me descubro “yo” en mi permanente salida hacia el “Otro” y hacia los otros, en ese diálogo permanente me constituyo, me hago, me dignifico. Sin ese necesario diálogo en el que se funda lo humano y la dignidad humana y todos los derechos volvemos al hombre “preadámico”, el que no respondió, el que se ocultaba, prefería las tinieblas del escondite. Hay palabras que salvan y palabras que matan, ¡hay tanta muerte en un acto de repudio! No queremos eso para Cuba una Patria sin diálogo se vuelve conglomerado de tribus. No queremos más gritos que ofendan y destruyan en la calle. No queremos más la única palabra, queremos sentarnos a la mesa del diálogo y ser más humanos que nunca y más cubanos que nunca y poder hablar de todos y entre todos y con todos, queremos olvidar para siempre esas páginas negras de la historia patria, las más negras quizás para mi juicio, en que oímos gritarnos palabras de muerte. ¡Hay tanta muerte cuando quito la fama!

Jesucristo Palabra para todos

La Navidad que se avecina nos invita a acoger esa Palabra pequeña que nos llega en medio de la noche, Palabra regalada y pronunciada de mil formas a los hombres, a todos los hombres, en ella descubrimos que hay palabras que acogen y que salvan, en la Palabra acurrucada en el pesebre encuentran fuerza y vida todas las demás palabras de los hombres de buena voluntad. La Palabra que nos llega en el pesebre es la Palabra dirigida a aquella mujer “rara” con quien no debía hablarse



sentada en el pozo de Jacob (Jn4, 1-42). Es la Palabra pronunciada sobre aquella mujer impura que no podía ser tocada y que tocando la Palabra fue sanada (Mc5, 25-34). Es la Palabra dirigida a aquel endemoniado al que nadie le dirigía la palabra y pregunta por su nombre y le hace humano, ya no más Legión (Mc5, 5-20). Es la Palabra que echa atrás la muerte y le grita a Lázaro “Sal fuera” y retorna la alegría (Jn11, 1-44). Es Palabra dirigida al recaudador de impuestos y que anuncia que ha llegado la salvación a su casa (Lc19, 1-10). Es palabra dirigida al que piensa diferente y le dice que hay que nacer de nuevo (Jn3, 1-21). Es palabra que abre los ojos a los ciegos curando todo tipo de ceguera diciendo “Ni él pecó ni sus padres” (Jn9, 1-40), es la Palabra que dice “quiero queda limpio” y cura a los leprosos de aquella enfermedad que les alejaba de los otros (Mc1, 40-45). Es la Palabra que crucificada hace exclamar al soldado, al poderoso, al violento: “en verdad este hombre era Hijo de Dios” (Mc15, 39).

Es esa la palabra que necesitamos para Cuba y para el mundo en esta Navidad, en ella somos todos iguales, somos hermanos. Es esa la palabra que acalla los gritos ensordecedores expresión muda de quien no tiene nada que decir. Necesitamos acoger en esta Navidad esa otra palabra que nos de la paz del corazón y compartirla y darla, regalarla a todos, especialmente al que piensa diferente, al que no cree como yo, al que no vive como yo. Al que sueña una Cuba diferente a como la sueño yo, porque la patria la soñamos todos, de mil colores, de mil formas pero una y de todos.

Junto a esa Palabra que nos llega pongo yo mi palabra pequeñita, temblorosa y pido por Cuba y pido por todos y les pongo a ustedes en mi breve oración, para dejar que resuene la Palabra de Bien que no nace en Belén y que nos dice con su sonrisa de niño que hay vida y esperanza todavía.



María, junto al niño balbuceante, me recuerda que hay un sí pronunciado ya por todos, en nombre de todos. El de ella, que es tan nuestro. En su “hágase” me lleno de confianza.

¡Feliz Navidad a todos!



Fr. Lésiter Rafael Zayas Díaz
Rector